

MEDICINA

ENTRE los diversos fosos (técnicos, económicos, etcétera) que separan a los países ricos de los pobres, tiene especial importancia el referente a las enfermedades por su influencia directa en el bienestar de cada persona. Un individuo puede vivir perfectamente sin televisión o sin teléfono, pero si sufre alguna de las parasitosis frecuentes en los países subdesarrollados, las molestias y los sufrimientos consiguientes afectarán su vida diaria.

En la actualidad han desaparecido prácticamente ciertas enfermedades (paludismo, poliomieltis, etcétera) en los países que han alcanzado un determinado nivel de desarrollo, entre los que figura España, pero se mantienen e incluso aumentan en grandes regiones de África, Asia y América



En los poblados africanos, donde es frecuente la oncocercosis, todos los adultos son ciegos; por ello, los muchachos que conservan cierto grado de visión sirven de guías a los adultos. (Fotografía: O. M. S.)

ENFERMEDADES DE POBRES Y DE RICOS

Latina. Se plantea así una difícil situación: los países que poseen los medios necesarios para resolver los problemas planteados por esas enfermedades, no tienen un interés directo en su solución, porque no se sienten ya afectados por ellos, mientras que los países más interesados carecen de los medios precisos para resolver la situación. Como declaraba hace algún tiempo el doctor M. G. Candau, director general de la Organización Mundial de la Salud: «La falta de conocimientos nuevos aplicables a la solución de determinados problemas técnicos, acabará por frenar los progresos de la lucha contra las enfermedades en buen número de países, e incluso acarreará una situación de estancamiento en ciertas zonas».

En los países técnicamente avanzados, las dos principales causas de mortalidad son hoy el cáncer y las enfermedades cardiovasculares, destacando entre éstas el infarto de miocardio y la apoplejía cerebral. Es evidente que estas dolencias también aparecen en los países pobres, pero no alcanzan, ni mucho menos, las mismas proporciones. En éstos se sufre, sobre todo, de distintos tipos de parasitosis transmitidos por insectos u otros tipos de vectores, contra las cuales no se dispone de vacunas ni tratamientos eficaces, ni tampoco de productos que permitan romper la cadena de transmisión del animal al hombre.

La oncocercosis constituye una de las parasitosis tropicales de más trágicas consecuencias, pues ocasiona cegueras o pérdidas par-

ciales de la visión en una proporción de casos que supera el 30 por 100 en ciertos países. La transmisión de la oncocercosis está a cargo de las moscas simúlidos, que introducen con sus picaduras en la piel humana los parásitos (microfilarias) causantes de los trastornos propios de la enfermedad. Esos parásitos se alojan ante todo en la piel y el ojo, donde causan lesiones que conducen a la pérdida progresiva de la visión. En muchas partes del África occidental y ecuatorial, más de la mitad de los habitantes sufren de oncocercosis, el 30 por ciento presentan una pérdida parcial de la visión y del 4 al 10 por ciento están ciegos. La OMS ha calculado que hay en todo el mundo más de treinta millones de personas con ceguera total o parcial provocada por la oncocercosis. La enfermedad ha provocado

el abandono de grandes regiones fértiles infestadas por los simúlidos, que se crían especialmente bien en las orillas de los pantanos. Así, los países del África tropical se enfrentan con un círculo vicioso difícil de romper: la construcción de pantanos y los planes de regadío destinados a mejorar el nivel de vida de la población aumentan la oncocercosis, que a su vez provoca la huida de las poblaciones de las regiones fértiles a otras más pobres, con lo cual se produce el efecto contrario al deseado.

En lo que se refiere a otra parasitosis —la esquistosomiasis—, se supone que existen en el mundo 200 millones de casos; transmite la enfermedad una especie de molusco que habita y se reproduce en los cursos de agua. Para eliminar la enfermedad habría que destruir el molusco transmi-

sor, pero ello exigiría la aplicación de los productos adecuados en Tailandia, por ejemplo, en 200.000 kilómetros de canales y acequias, lo que supone enormes desembolsos en material y personal.

Puede afirmarse, en definitiva, que los problemas planteados por las enfermedades parasitarias en los países pobres escapan a sus posibilidades de acción, y que, abandonados a sus propios medios, no podrán resolverlos en varios decenios. Ello abre un campo enorme a la colaboración internacional, que se ejerce ya a través de organismos como el UNICEF y la OMS, pero que debe ampliarse en gran manera si de verdad se quiere introducir en el mundo un equilibrio que no sea el del terror. ■ DR. J. A. VALTUENA.

SE ACABO LA GRIPE

«Nos hemos adelantado a la Naturaleza. Podemos ya aislar el virus que circulará por el mundo en 1978...». El equipo del profesor Claude Hannoun, del Instituto Pasteur, de París, ha descubierto una vacuna que podrá en breve plazo erradicar la última de las «grandes epidemias»: la gripe. Hasta ahora, los fabricantes de vacunas llevaban siempre una epidemia de retraso: eran precisos varios meses de preparativos y ensayos después de aislado el cultivo del virus responsable. En el Instituto Pasteur se han llevado a cabo investigaciones sobre las estructuras genéticas de ese virus versátil y desconcertante que sufre una total modificación tan pronto como se inmuniza a una población... Se han reproducido en probeta las variaciones naturales que sufrirá en años venideros el virus gripal. La vacuna obtenida ha sido

fabricada en el laboratorio y no se han utilizado, como hasta ahora, bacterias «naturales». «En lugar de trabajar con cultivos que van a la zaga de la evolución natural, obtendremos cultivos que se le adelantent». Jacques Monod ha declarado al respecto: «Deberíamos llevar un adelanto de varias epidemias». Así no habrá que cambiar de vacuna cada dos años. La inmunidad será en el futuro válida para entre cinco y ocho años, y se verá reforzada con cada inyección. En el hospital de Massaye, localidad cercana a Rennes, se han llevado a cabo experimentos clínicos en este sentido, y los resultados no han podido ser más alentadores: No se ha registrado ningún caso de gripe entre los trescientos enfermos allí vacunados.